

CRONICA NACIONAL.

PESA un tanto escribir ya a pleno sol la historia de los pasados meses invernales. La primavera se ha metido de rondón por todos los campos de la ancha y espaciosa Patria, bien recreada de lluvias y de vientos, hermosa y ubérrima como pocos años. Dios está con España, y el rubio torso del estío traerá el buen pan de Castilla y la santa participación en él de todos los españoles. ¿Quién se acuerda ya del invierno con la melancolía de sus largas horas, espejo del hielo y de la nieve?

Sin embargo, forzoso será fijar en breves trazos la historia de aquellos días, la peripecia española no muy apretada, por cierto, de los cuatro primeros meses de este año de 1948. La historia no admite interrupciones y tampoco la crónica de una Revista que pretende rebuscar los fastos y las anécdotas de la política y de los sucesos. Como siempre, y a lo largo de estos lustros de inútil acoso al baluarte español, la primera cuestión que el cronista se formula al iniciar su relato es la siguiente: ¿Cómo ha caminado durante los pasados meses el espantajo ése del «asunto español»? Hace muchos siglos que el temple del hombre español ha revelado su pulso sobre la historia, y es lógico que las pequeñas sandeces que suelen traer aparejadas ciertos tiempos de obsesa y decrepita imbecilidad política no le turben con exceso. Si dice el comunismo que nos va a cortar el cuello, el español no tiembla, pero cae en limpia y cerrada guardia. Ahora bien: si la O. N. U. o algún otro circo supuestamente democrático grita que nos va dejar sin postre, el pueblo que acaudilla Franco adopta un tono desdeñoso que roza casi la carcajada.

Ya sabe el lector que nos han privado —¡válganos Cristo!— de participar en los dones opulentos que el «plan Marshall» derramará un día sobre la angustia de los pueblos euro-

peos. Nos gustaría saber en qué palabras responsables, en qué periódico español o en qué organismo nacional ha surgido, directa o indirectamente, una petición en la cual se manifestase el afán de España por verse incluida en el famoso «plan para pobres», con el que los ricos del mundo piensan explotar el futuro. Toda la prensa nacional, y entre sus opiniones más autorizadas merecen recordarse los artículos que *Hispanicus*, ha expuesto, sin eufemismos, no ya su indiferencia frente al «plan Marshall», sino incluso la desconfianza del pueblo español frente a ciertos planes universales de hegemonía económica sobre los pueblos. España tiene abiertas sus normales puertas diplomáticas y comerciales para concertar con cualquier pueblo —siempre de igual a igual— fórmulas de colaboración política, cultural o económica, pero rechaza toda posibilidad de convertirse en lansquenete de cualquier pretensión imperialista. El silencio, y aun en muchos casos la repulsa de España a toda alusión al «plan Marshall», se dió por no entendido, y así la Cámara de Representantes de Wáshington acordó, por su libre y absoluta cuenta, solicitar la inclusión de España en las filantrópicas decisiones norteamericanas. «Hay un «Ford» en su destino», sugiere por el mundo de habla española la propaganda industrial de Norteamérica, bien refrescada por la *coca-cola* y engolosinada con el «chewing gun»... A los pocos días, sin que el pueblo español hubiera dicho una sola palabra, el senado norteamericano dejó a nuestro destino sin «ford», sin *coca-cola* y sin «chewing gun»... ¡Fué espantoso! Eso que ha dado en llamarse «el mundo democrático» esperaba que el llanto y el crujir de dientes pusiera de relieve la desesperación de los españoles. Hubo comentarios, sin embargo, bien contrarios a los esperados, y el buen humor y el desdén de la prensa nacional se manifestaron a todo caudal.

EL PROTOCOLO FRANCO-PERÓN

Mientras tanto, la valoración española sobre el mundo, y especialmente sobre «su» viejo y admirable mundo, iba a dar su fiel contraste. Al otro lado del mar vive España. Y en

aquella libre e independiente prolongación de la estirpe hispánica se levanta una de las políticas más valientes y enteras que ha conocido la Historia: la que capitanea el General don Juan Domingo Perón. La respuesta leal del corazón argentino iba a contestar por su cuenta al grito de los enemigos de la Madre Patria. Apenas acababa de resonar el insulto de la «troupe» comunizante, cuando el Gobierno argentino y el Gobierno español anunciaron la conclusión de un sensacional protocolo. Franco y Perón, el día 2 de abril, concertaron ante el mundo la voluntad mutua de reconstruir y potenciar la economía de los dos grandes pueblos, sin interferencias de «planes» sospechosos ni sojuzgamientos vergonzantes. El examen del documento y la extensión y profundidad de sus términos son seguramente objeto de un juicio más especializado y atento en el ángulo correspondiente de esta Revista. Misión de esta crónica es tan sólo la de fijar el interés magnífico del protocolo y la reafirmación diplomática que supone de todos los objetivos de la Victoria. Con una alegría sin trampa ni cartón, el pueblo de Madrid supo expresar ante la Embajada argentina el reconocimiento de España hacia el General Perón y hacia su egregio país. El modesto cronista que suscribe este relato tiene por placer de camaradería y de amistad el recordar que uno de los artífices del acuerdo, José María de Areilza, Embajador de España en Buenos Aires, fué antes de ocupar su actual cargo cronista inolvidable e insostituible de esta misma Crónica Nacional.

Los éxitos del Régimen, y especialmente los que la figura de Franco concita para la existencia española, no quedan limitados en el campo sensible de la política internacional a esta reafirmación de la fraternidad hispano-argentina. El 4 de enero de este año el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, expuso con intención casi profética el hecho de que a lo largo del presente año «nuestra economía exterior vería resueltas sus dificultades». Conocedor, a través de la diaria tarea, de la entereza admirable del Caudillo, nuestro ilustre Ministro de Asuntos Exteriores exponía en sus declaraciones —publicadas por el periódico falangista *Arriba*— la fuerza victoriosa y sin claudicaciones que la política de Franco lleva

implícita. No han tardado los acontecimientos en dar razón al sagaz juicio del señor Martín Artajo. El día 10 de enero aterrizó en Madrid el avión mejicano «Veracruz», y con él queda inaugurada oficialmente la línea aérea entre Méjico y Madrid. Un espléndido recibimiento acogió en el aeropuerto de Barajas a los primeros pasajeros, entre los cuales se contaban los hijos del Secretario de Comunicaciones de la República mejicana. Actualmente, el servicio ha quedado regularizado de modo perfecto, y dos aviones semanales garantizan fácilmente la comunicación turística y postal entre los dos países. El tráfico comercial está asegurado por los grandes barcos mercantes de nuestras líneas americanas. La llegada triunfal a Veracruz del primer barco que reanudaba el servicio marítimo entre Méjico y la Madre Patria convocó en los muelles de la hermosa ciudad jarocho a la mejor parte de la colonia española en Méjico y también —conviene subrayarlo— a los Sindicatos obreros, a quienes afecta de manera singular el hecho económico de esta gran vía comercial con España. Y ya que aludimos a Méjico, justo es decir que el pasado cuatrimestre ha sido testigo de una corriente espiritual muy sensible entre los dos países. El viaje del abogado don Javier Martín Artajo, hermano de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, si bien tuvo un carácter estrictamente privado —que el viajero no dejó ni un sólo momento de proclamar en Méjico—, ha dado por resultado una serie de emociones españolas muy dignas de tomar en consideración. No importa que su presencia en Méjico coincidiera con determinada solicitud de las Cámaras de Comercio y de Industria sobre la reanudación de relaciones con España, declaración que dió origen a ciertas aclaraciones del Ministro de Relaciones Exteriores, señor Torres Bodet. La petición fué un gesto exclusivamente mejicano; pero, sin duda alguna, la presencia juvenil de Javier Martín Artajo había despertado tal cúmulo de simpatías que los propios mejicanos fueron alcanzados por la emoción que el visitante supo dejar en los círculos de la colonia española. Después de él, Carlos Sentís, Augusto Assía, García Sanchiz y, sobre todo, el Delegado Nacional de Prensa y Propaganda del Movimiento, Lucio del Alamo, han reafirmado el interés de España en aquellas latitudes. Si la mo-

destia de este último camarada ha hecho pasar desapercibido el singular acierto de su viaje. quienes fuimos testigos de su silenciosa y magnífica actividad tenemos obligación de proclamarla. Entró en la vida mejicana y en sus problemas con entereza y con sagacidad. Ni buscó a los españoles «del otro lado», ni les eludió. Huyó de la aparatosidad periodística de las «interviews», pero cuando no pudo evitarlos proclamó, con un lenguaje tolerante y sencillo, su franquismo a machamartillo y su falangismo sin ambages. Gracias a esta personal actitud ha podido hablar de España y de su Caudillo en los círculos más inesperados —por no decir hostiles— de la vida mejicana. A su retorno a España, sin alharacas y sin declaraciones, ha vuelto a hundirse con humilde ademán falangista en su tarea cotidiana. Sería injusto que el viaje de este camarada ejemplar no quedara registrado en una crónica que cuenta, como buenamente puede, los desvelos y afanes de los españoles.

Otros triunfos diplomáticos dan fé de la profecía del Ministro de Asuntos Exteriores al comenzar el año. Llega en enero la misión militar argentina y se renuevan en la persona ilustre de sus componentes las muestras de afecto español al pueblo argentino. Marshall dice un buen día que «nada impide que España pueda figurar en el programa de ayuda a Europa», pero más tarde —y como hemos comentado— se demostrará que en ciertas democracias la opinión mayoritaria puede naufragar aparatosamente. Mientras, el gobierno español decide ayudar generosamente a la reconstrucción de la Universidad de Santo Tomás, de Manila, destruida por los japoneses en su guerra contra Norteamérica, y el Embajador de Argentina, señor Radío, en una magnífica conferencia, proclama que «España es el bastión inexpugnable de la cultura occidental», declaración a la que hacen eco unas manifestaciones de Areilza sobre «la impresionante fuerza política de España en el extranjero».

FRANCIA CORRIGE UN ERROR

También, si se quiere, puede calificarse la reapertura de la frontera franco-española como un triunfo diplomático. Aca-so el pequeño suceso no sea otra cosa que una muestra muy acusada de cómo la entereza y virilidad dan los mejores resultados en política interior y exterior. Hacía meses que Francia, en la persona ambigua de Monsiur Bidault, venía gestionando la reapertura y el perdón. España no había puesto nada más que una condición: la iniciativa había de partir de la propia Francia, y, si no partía, la frontera podía continuar cerrada por los siglos de los siglos. Ha llorado Leon Blum, en *Le Populaire*, con lágrimas de cocodrilo, esta postura de Francia, pero el viejo hebreo, en el fondo, comprendía que la reapertura interesaba, sobre todas las cosas, a la misma y exhausta economía francesa. El 9 de febrero se anunció oficialmente la reapertura «a iniciativa de Francia», y las primeras cajas de ví-veres subieron hacia el norte como si ya no hubiera Pirineos, aunque justo es decir que sigue habiéndolos, gracias a Dios. La prensa comentó con tranquila cortesía la reapertura, y hubo algún periódico que, con una indiferencia casi diabólica, manifestó simplemente «que como no se había enfadado mucho por el cierre, no tenían necesidad de alegrarse con la reapertura». A las pocas semanas los negociadores franceses completaban un importantísimo acuerdo comercial con España, y las cosas han entrado en zonas más compatibles con los viejos y tradicionales intereses hispano-franceses. La reapertura ha traído como primera y entrañable consecuencia el retorno a la Patria de gran número de exilados. Los cónsules españoles no dan a basto para atender a los penitentes, y esta noticia sí que regocija en serio el noble corazón de la Patria hacia todos sus hijos.

El 24 de febrero, el Presidente de Bolivia, señor Hertzog, es condecorado por el gobierno español con la Gran Cruz de Carlos III. Ha habido otras dos noticias de índole estrictamente diplomática que la crónica no puede por menos de registrar, aunque una de ellas trascienda por su propia e íntima dimen-

sión del ámbito de esta sección. Don Manuel Aznar, el gran periodista, es nombrado Embajador de España en la República Dominicana, representación diplomática que, con ello, es ascendida al rango de Embajada. La brillante historia de Aznar y sus próximos triunfos en Wáshington garantizan el acierto de la elección. Castiella, Director que era del Instituto de Estudios Políticos, es nombrado Embajador de España en Perú. Este bilbaino, fuerte y animoso como un roble, se va de nuestro lado convocado por la Patria a puestos de grave responsabilidad. Los hombres se van y la tarea persiste entera y viva, pero la figura de Castiella no habrá nunca pasado en vano por los senderos de esta Revista española. Aquí queda incluso su fuerte paso de soldado, retornado un buen día de las trincheras más heroicas que ha conocido la historia; su decisión jovial en cada hora de la tarea; su entusiasmo español, y su finamente de intelectual de la mejor escuela. ¡Dios le guíe!

Entretanto, la Artesanía española obtiene un éxito ruidoso en Zurich; España participa en el Congreso de Arquitectura de Río de Janeiro, en el Congreso Internacional de la Lepra, celebra exposiciones del libro español en Suecia y en Brasil, establece sus relaciones diplomáticas con Siria, ratifica el tratado de amistad con Filipinas, inaugura el Instituto de Cultura Hispánica en Santiago de Chile, etc. Con razón el Jefe del Estado español podrá decir el día 21 de abril al Director del *Manila Chronicle* que «para amar y servir a la paz no se necesita ser miembro de la O. N. U.»

HACIA NUEVAS EMPRESAS

Todas estas noticias se entroncan, más o menos directamente, con el mundo exterior. Son sucesos nacidos en torno a la gran batalla internacional planteada, a la orden de Moscú contra España y su régimen. Podría creerse, por tanto, que el Estado español coloca sus problemas en un trance puramente defensivo y que no toma la iniciativa en aquellos seculares problemas que afectan a su vida interior y que fueron, sobre cualquier otro, el eje y el motor de su victoria. Muy por el con-

trario, podríamos decir que son aquellos problemas exteriores los que más imprimen ritmo y carácter al momento histórico de España. La prensa española, singularmente la falangista, ha comenzado abiertamente a desvelar el gran tema español: la Reforma Agraria. Todavía el proyecto no ha pasado de sus fases previas —aunque declaradamente muy urgentes— de tanteo y de esquematización. Se va, pese a quien pese, a la Reforma Agraria. La dura experiencia de las anteriores reformas exige, desde luego, una cautela y un estudio muy atento y singular. El Congreso de la Tierra, celebrado recientemente en Sevilla, fué el aviso certero de que el tema agrario y la revisión jurídica de todos sus problemas entran en la orden del día más apremiante de la nación. Periódicos y revistas han comenzado a cruzar sus fuegos en torno al asunto; la discusión es viva y en algunos casos apasionada, pero sobre todas las manifestaciones se percibe de modo concreto la decisión del Caudillo. El problema admite pocas esperas y la contribución de todos los elementos técnicos no habrá de faltar al futuro proyecto y a la inexquívica reforma.

La situación económica —nos referimos exclusivamente a sus manifestaciones más familiares y extensas— ha mejorado visiblemente y persiste el signo favorable que ya anunciábamos en nuestra última crónica. Hay mejor ritmo en el abastecimiento, y los aspectos abundantes de algunas cosechas —singularmente la del aceite— han visto su inmediato reflejo en la vida de los españoles. Parece contenida fuertemente la tendencia alcista en los precios, y, en general, los tonos inflacionistas que durante algunos meses concitaron la alarma general.

No tratamos de proclamar una generosa abundancia económica que no existe —al menos cuando no se la compara con la terrible penuria europea—, pero tampoco por afán crítico podemos sustraernos de registrar este mejoramiento visible del *standard* de vida español. Han aumentado mucho las condiciones alimenticias de las clases productoras y las importaciones anunciadas habrán de mejorarlas todavía más. El verano se anuncia con tonos muy optimistas. Las lluvias intensísimas han garantizado casi el noventa por ciento de la capacidad de nuestros embalses, y la industria podrá trabajar a toda marcha

CRÓNICAS

sin el temor de restricciones y colapsos. Hay una esperanza jovial en todos los corazones, y la cosecha se anuncia desbordante en algunas comarcas, y, en general, el año agrícola, tiene un signo alentador. Las pequeñas y desesperadas amenazas del exterior no quiebran un minuto la paz de España. Pese a los demás vamos hacia adelante, y Dios habrá de decir su verdadera palabra.

ISMAEL HERRAIZ